

Nombre: Priscilla Purtschert Baquerizo

Pasaporte: xxxxxxxxx

Carrera: Antropología social y cultural

Curso: 1°

LA SUMA DE TODOS

Quisiera decirte que ha sido un “te quiero” perfecto. Quisiera decirte que durante esos minutos inmensurables mi realidad se había reducido a un círculo delimitado por tus ojos y los míos.

Al oír el silbato del tren que arrancaba salí corriendo tras de ti, sin saber que ahí estabas tú, entré precipitadamente en tu vagón. Te descubrí, vi que me veías y por eso te miré. Ya no solo nos veíamos, nuestros ojos se miraban realmente. Yo lo evitaba.

Han pasado 232 días desde que llegué a Madrid. La gran ciudad del tumulto y la siesta, de los amaneceres sin luz y los atardeceres vibrantes, del lila y del naranja. Debe ser la 348° vez que recorro este camino. Son casi 3 horas cada día a más de 20 metros bajo el asfalto. La oscuridad que aburre, el murmullo incansable, las luces de gallinero, el estrés musical, la melodía de rieles chirriantes. Los cantantes, andantes, lamentantes, los que estaban antes y los que ya no están. Entre los que sudan tristeza y los que discuten con indiferencia. Aquí estoy; en medio. Corriendo entre apuros, cansancios, súplicas, llantos, carcajadas y silencios. Tratando de contarte eso en lo que has transformado mi realidad.

El momento decisivo: debía cambiar de tren. Saliste detrás de mí y tomaste un camino distinto. Al llegar al andén te vi, llevaba mi abrigo rojo y sabía que de quererlo no te costaría seguirme, aun cuando al final era mi abrigo rojo el que perseguía tu chaqueta gris. El tren llegó y quedamos justo entre dos vagones; en la mitad. Aun sabiendo que era riesgoso tomé el de la izquierda. Entramos. Nos miramos, nos leímos y leímos. Saqué de mi mochila un libro, una máscara.

En la bruma del ambiente debía protegerme. Me hallé de pronto en la colorida biblioteca subterránea. Coleccionistas de Bestsellers, aventureros de lo clásico, expertos de lo ajeno, consumidores de prensa, lectores de WhatsApp. Yo.

Pero mis ojos se negaban hasta chocar con los tuyos. Tenía miedo de que te bajaras, y no lo hiciste. Sacaste tu libro y empezaste a hacer lo mismo. La suma de todos dices tú, yo siento que somos solo dos. Me asustó saber que esta vez era más real. Algo dentro de mí te escuchaba, te sentía. Luchaba para desviar la mirada.

Quise ver que leías y no lo logré. Siempre he creído en la capacidad de los libros para recomendar personas. Y ni siquiera fui capaz de ver el tuyo. Pero eso que más da... Tenía miedo de que salieras, de perderte, de que no vinieras. Veía tus ojos que me miraban y te miraba y nos mirábamos. Una vez más y otra. Ni tu sonreías ni yo sonreía, pero nos sentíamos.

Se acercaba el momento en el que debía bajarme, podría haberme quedado y continuar; no sabía si me atrevería a continuar contigo hasta la última estación... y si lo hubiera hecho, ¿qué habría pasado? Me habrías visto, te habría visto. Y ya. Así que no. Decidí bajarme, guardé el libro un poco antes para darte tiempo a decidir si vendrías conmigo; escuchar como te bajabas, como me hacías compañía. Me habría aterrado, horrorizado. Sin embargo, cuando supe que no vendrías me entristecí. No te escuché bajar, no me hacías compañía.

Igual que el resto ignorábamos los bostezos, las sonrisas, las cicatrices, las muletas y los equipajes. Mi mundo se había detenido. Yo leía tu cara a escondidas. Tú con miedo persiguiendo coincidencias para terminar huyendo de ellas.

No sé tu nombre, no sé qué leías, a duras penas recuerdo tu rostro. Tenías pies grandes, lo recuerdo, zapatos que aún no habían caminado lo suficiente.

Bajé del tren. No te vi más.